

temala, que le asistiesen también, si preciso fuese, haciendo entradas por los parajes convenientes con los auxilios, operarios y ministros evangélicos que les pidiese para dar cima á tan grandioso proyecto.

Recibida por Ursúa la respuesta del rey, procedió inmediatamente á poner por obra su intento, y habiendo llegado á su noticia que había un rey ó cacique llamado Kanek que dominaba en la gran laguna de Itza, le mandó una embajada de religiosos invitándole á abjurar con su pueblo la idolatría, á abrazar la religión cristiana, de la cual le daba una breve idea, añadiendo que los sujetos que le enviaba le instruirían en los misterios de la Santa Fe, é intimándole por último la sumisión al rey católico.

Satisfactorios en extremo parecían los resultados obtenidos por los enviados de Ursúa, porque al poco tiempo de su partida se presentaron en el pueblo de Typu cuatro indios Itzaecx, llevando uno de ellos, que se decía sobrino del rey Kanek, la corona de éste, con objeto de entregarla al general en muestra de sumisión al monarca español. El capitán Ariza los acompañó hasta Mérida, donde se hallaba el caudillo navarro, y fueron recibidos por éste á la entrada de la ciudad en medio de un numeroso concurso, en que figuraban nobles del país, alcaldes, el cabildo y el ayuntamiento, en coches unos y á caballo otros, formando una ostentosa comitiva. Saludáronse Ursúa y el embajador indio, subieron á una carroza, y seguidos de su respectivo cortejo, se dirigieron al Palacio, donde el segundo, en presencia de todo el pueblo, tomó en sus manos la corona de Kanek, hecha de plumas de varios colores, y la ofreció al general, manifestando que en representación del señor de los Itzaecx se prostaba á sus piés suplicándole que el rey de España los recibiera bajo su amparo y les enviara sacerdotes que les hicieran conocer el verdadero Dios y los bautizaran, que era lo que con más afán ambicionaban. Tomó Ursúa la corona y contestó en nombre de su soberano con frases afectuosas, diciendo á los indios

que los tomaba bajo su protección, les favorecería en cuanto le fuera posible, y mandaría sacerdotes que les enseñaran el camino de la salvación. Fué para la ciudad motivo de inmenso júbilo la llegada de los tales embajadores, porque al cacique Kanek estaban sujetos otros cuatro régulos importantes, que desde luego quedaban también sometidos á los españoles con sus dominios. Abundaban en estos las más ricas producciones, sobresaliendo por su extensión el gran Cayo de Itza, situado en una de las islas de la *Gran laguna*, en cuyas riberas había numerosas poblaciones, frutos exquisitos y preciosos minerales. Celebráronse funciones religiosas en acción de gracias por tan próspero principio, y como el embajador indio y su compañero manifestaran deseos de ingresar inmediatamente en el gremio de la Iglesia Católica, instruyóseles convenientemente, y fueron bautizados con gran solemnidad en la Catedral de Mérida, siendo padrino del embajador el general Ursúa y de los demás otros distinguidos personajes. Los indios todos recibieron lujosas vestimentas, y emprendió la embajada su viaje de regreso acompañada de lucida comitiva, de una escolta al mando del capitán Ariza, y de once sacerdotes, cuatro de los cuales debían quedar con él en el pueblo de Typu, continuando los otros la marcha hasta los dominios de Kanek.

Habíase dado ya principio á la apertura del camino, y al frente de las fuerzas que protegían tan importantes obras se hallaba el Teniente general D. Alonso García de Paredes, instruído ya por Ursúa de todo lo ocurrido, y á quien mandó éste que fuese á la provincia de Itza á tomar posesión de ella en nombre del rey Católico, con el ceremonial que juzgase conveniente. Esto mismo ordenó al capitán Ariza, disponiendo que el que primero llegara efectuase dicha toma de posesión. García de Paredes se hallaba enfermo, y nombró al capitán D. Pedro de Zubiáur para que hiciese sus veces, acompañado de alguna gente de armas, indios, y dos religiosos.

¿Pero quién puede descansar en la fe de los salvajes? El ca-

cique Kanek y los suyos no habían recibido á los enviados de Ursúa como lo había hecho esperar la lisonjera presentación en Typu de los que se decían sus embajadores; muy al contrario: los portadores de la carta del gobernador navarro al rey de Itza, habían tenido que sufrir amarguras indecibles y trabajos sin cuento en las comarcas inexploradas que habían recorrido, y en la primera población india á donde se encaminaron fueron recibidos con demostraciones hostiles y amenazas de muerte. Triunfó de aquel primer peligro la santa abnegación de los religiosos, que con sus palabras evangélicas desarmaron el odio del rey Kanek y de su gente, y hasta obtuvieron de ellos la promesa de someterse al rey de España; pero al regreso, extraviados de nuevo en las desiertas selvas donde los indios los dejaron abandonados, estuvieron en ellas treinta y cinco días sin más alimento que las raíces y las hojas de los árboles; y rendidos al hambre y al cansancio, ya se disponían á morir resignados, cuando hizo la Providencia que dos indios de los adictos á España los encontraran en tan triste situación, y dirigiéndose al camino que á poca distancia de allí se construía, dieron cuenta del suceso, y provistos de agua y víveres, volvieron con otros naturales en busca de los infelices franciscanos, á quienes, así que convalecieron, transportaron á Mérida, donde Ursúa y el pueblo todo, que los consideraban perdidos, les hicieron un afectuoso recibimiento. Suministraron estos religiosos utilísimos datos acerca de la población, usos y producciones de los hermosos países que habían recorrido; pero ignoraban de todo punto lo acaecido en Mérida con la embajada de Kanek, y esto hizo sospechar que la actitud de los Itzaecx no era sincera y que, por doloroso que fuese, no habría más remedio que recurrir á medidas enérgicas para obtener su sumisión. Confirmó esta sospecha un aviso del capitán D. Pedro de Zubiáur enviado á Ursúa desde el Real de García de Paredes, en el cual le informaba del desgraciado éxito de la misión que le había sido confiada por éste. Al ir á tomar posesión del país de Itza en nombre de

S. M. Católica, se había visto acometido á orillas del Gran lago por millares de indios, con quienes había tenido que sostener una lucha desigual y sangrienta, retirándose al Real de donde había partido, después de hacer al enemigo 40 muertos. Entonces Ursúa, en vista de las facilidades que para realizar su empresa le ofrecían el camino real, ya en gran parte terminado, y las conversiones que en aquellas comarcas obtenían los misioneros, dispuso una formal expedición contra los indómitos Itzaecx, poniéndose él al frente de las fuerzas: formó su plan de campaña, organizó y pagó su gente, preparó su pequeño ejército, compuesto de infantería, tren de artillería, pedreros, esmeriles, maestranza que construyese embarcaciones para atracar en las islas, convoyes de pertrechos, municiones y víveres, y dió la señal de marcha ordenando avanzar á vanguardia al capitán Zubiáur, quien debía hacer alto en los montes doce leguas antes de llegar al Gran lago, esperando allí el resto de la gente, y ocupándose entre tanto en cortar la madera necesaria para la construcción de una galeota y una piragua.

Púsose en marcha Ursúa con su gente el día 24 de Enero de 1697: dió órdenes en el pueblecillo de Zuchok de que se activaran los trabajos del camino, y se incorporó en los montes con el resto de su pequeña hueste, sentando en ellos su Real para terminar los preparativos de la campaña. Después de varias peripecias poco importantes, llegó la expedición á las márgenes del Gran lago, y acampó siendo observada por multitud de indios, á los que se hicieron demostraciones pacíficas. Felizmente el embajador, sobrino de Kanek, que había recibido en Mérida el bautismo, se hallaba entre ellos: el cual, lleno de contento, se llegó á los nuestros, habló con Ursúa, le hizo manifestaciones importantes, y le advirtió que no confiara en los indios, pues contra la voluntad del rey su tío, estaban resueltos á guerrear y oponerse á los españoles. Presentáronse después varios isleños con un cacique y otros jefes, á los que se agasajó espléndidamente, hablándoles también de los inmensos beneficios que

había de reportarles la santa religión católica, y se despidieron dejando buenas promesas á cambio de los presentes que se les hicieron. Arribaron más tarde otras canoas que ostentaban una bandera blanca, llegando en ellas diferentes jefes y caciques, y el principal sacerdote idólatra de aquellas islas, quien expresó su contento por el recibimiento afectuoso de que habían sido objeto los indios. Le reiteró Ursúa su deseo de que estos correspondieran á sus propósitos de paz: díjole que recorría el país con el fin de establecer comunicaciones con Guatemala, y con el de llevarles el conocimiento del verdadero Dios, repitiendo que no apelaría á la guerra sino en el caso de que ellos la quisieran. Abstúvose de recordarles sus traidoras agresiones contra la gente que había ido allí mandada por el capitán Zubiáur, y les encargó dijeran al rey Kanek que le convidaba á un banquete, esperando que se presentaría sin aparato de armas.

Despidiéronse los indios, y llamó la atención que en los dos días consecutivos enviaran en canoas sus mujeres con dirección al campamento cristiano, mientras ellos permanecían á la vista con numerosas embarcaciones y se presentaban también por tierra en número considerable. Su objeto era, á no dudarlo, provocar de parte de los españoles desmanes é insultos que justificasen la hostilidad de los isleños; pero el ardid no produjo otro efecto que poner de manifiesto la moralidad y severa disciplina del ejército de Ursúa. Viendo por fin el general la inutilidad de sus propósitos pacíficos, á los que correspondían los indios multiplicando sus fuerzas y con provocaciones que iban siempre en aumento, hasta el punto de disparar sus flechas contra el capitán Zubiáur y de no ser ya posible contener el enojo de sus soldados, celebró consejo para resolver lo que había de hacerse en tan críticas circunstancias. D. Alonso García de Paredes opinó resueltamente que se debían romper las hostilidades, arrasando los templos de los ídolos de aquellos infieles y haciendo que fuese alabado el verdadero Dios en los lugares donde tan bárbaramente era ofendido. La misma opinión mani-

festaron los capitanes D. José Fernández de Estenoz, D. Pedro de Zubiáur, D. Diego de Ávila Pacheco, D. José Laynez y los tenientes Cortés y del Río, creyendo los capitanes D. Nicolás de la Haya y D. Bartolomé de la Garma que utilizando la galeota y la piragua, ya terminadas, convenía intentar antes una intimación pacífica, que tal vez daría por resultado el sometimiento de los indios sin efusión de sangre. De este parecer fué Ursúa, aunque en su interior aplaudiese el noble ardimiento de sus subalternos: á són de cajas hizo publicar un bando en que se mandaba que ningún cabo ni oficial de guerra, ni soldado alguno, se atreviese, bajo pena de muerte, á romper las hostilidades contra los indios, *aunque para ello hubiese motivo*, hasta que se dieran las órdenes convenientes.—Ultimáronse los preparativos, y al amanecer del siguiente día (dice Iturralde) «aquellas majestuosas selvas resonaron con las plegarias de los soldados españoles, presentando un grandioso y conmovedor espectáculo aquel puñado de guerreros que, dispuestos á dar sus vidas por su Dios y por su patria, confesaron y comulgaron todos antes de entrar en combate.» Procedióse á bendecir la galeota y la piragua por el vicario D. Juan Pacheco, y como al terminar tan solemne acto se viera venir flotando sobre el agua una estampa en papel del apóstol San Pablo, que llegó á encontrarse con la galeota, la santa imagen fué recogida y entregada á Ursúa, el cual dispuso que para recuerdo de lo que se consideró como un prodigio, se pusiese á la nave el nombre de *San Pablo*. Embarcóse el general en ella con el Vicario y su teniente, el sobrino del rey Kanek y 180 españoles, dejando guarnecido el Real por la orilla del lago con artillería, pedreros y esmeriles. Hízose á la vela á la salida del sol: recomendóse por el Vicario el silencio; imploróse de Nuestra Señora de los Remedios el buen éxito de la jornada; excitóse á todos al arrepentimiento de sus culpas, y en voz alta dióles aquel buen sacerdote la absolución, no sin que antes lanzaran los soldados el grito de *Viva la ley de Dios!* Continuaron después navegando á remo con

dirección á la *grande isla ó Peten*, y apareció ésta cubierta por inmensa muchedumbre de indios en són de guerra, viéndose también grandes masas de ellos en las otras islas circunvecinas y el agua llena de canoas, que, rodeando á la nave española, juntaron sus tiros con los de los indios de tierra, haciendo llover sobre la galeota una nube de flechas. Heridos de éstas un sargento y un soldado, no fué ya posible reprimir el furor de los españoles, quienes rompieron el fuego con sus arcabuces, y ansiosos de venganza, se arrojaron al agua sin esperar á que se preparara el desembarco. Siguióse una encarnizada pelea, en que el estruendo de la arcabucería, los gritos de pavor de los isleños y las voces animosas de los soldados de Ursúa ensordecían los aires; el humo y la polvareda envolvían á los combatientes, y cuando las ráfagas de la brisa rasgaban aquel siniestro velo, veíase á los españoles penetrar por entre las masas de indios, herir á los que aún osaban hacer frente, y perseguir á los grupos que, como rebaño acosado de lobos, corrían á precipitarse en las ondas. El caudillo navarro, espada y rodela en mano, se dirigió al interior de la isla á la cabeza de sus tropas: plantóse de orden suya sobre la vivienda más elevada que encontraron el Estandarte Real, en uno de cuyos lados campeaba la imagen de la Santísima Virgen con el niño Jesús, y en el otro las armas de España; colocáronse las banderas en distintos parajes; diéronse gracias á Dios por el triunfo obtenido; felicitó el General á su hueste por el valor y prudencia que había demostrado en tan arriesgada empresa, y puso á la isla el nombre de *Nuestra Señora de los Remedios y de San Pablo*, dando después orden de que, divididas las fuerzas en destacamentos, recorrieran el terreno conquistado, registraran los templos de los ídolos y destruyeran éstos: lo cual se ejecutó puntualmente, eligiendo el más notable de dichos edificios para templo del verdadero Dios.

Tomó Ursúa posesión solemne de la isla en nombre del rey D. Carlos II, y terminado el acto, el Vicario general con sobrepelliz y estola, bendijo el agua y el templo, purificándolo de la

sangre vertida en los sacrificios allí celebrados ante los ídolos; colocó un lienzo con la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, y por vez primera en aquellas regiones, en medio de una naturaleza exuberante ataviada con las espléndidas galas tropicales, rodeado de las azules aguas cuyos murmullos parecían las voces de la oración, y bajo un sol espléndido, lámpara gigantesca encendida por la mano de Dios para alumbrar tan grandiosa escena, celebró aquel digno sacerdote el sacrosanto Sacrificio de la Misa y los oficios del día en presencia de los guerreros españoles.

Entre tanto, como el camino entre Yucatán y Guatemala era ya transitable, envió el jefe navarro á su teniente general García de Paredes y al alférez real D. José Ripalda Ongay con pliegos para el Presidente de la Chancillería, D. Gabriel de Berrozpe, y para la Real Audiencia, dándoles cuenta de los felices sucesos relatados, expresando su contento por haber cumplido lo que prometiera á S. M., y encareciendo la necesidad de fortificar la isla y *Patén grande* para sujetar á aquellas tribus, debiendo dejar allí 100 hombres de guarnición por lo menos, mientras no poblaran la isla gentes que se proyectaba llevar de España. Celebróse extraordinariamente en la ciudad el éxito de la arriesgada empresa acometida por D. Martín de Ursúa, y creció el júbilo cuando, gracias á la lealtad é influencia del embajador ahijado del caudillo baztanés, se presentaron á éste el rey Kanek, el gran Sacerdote idólatra, y otros muchos, que catequizados convenientemente, fueron bautizados con gran solemnidad, á petición suya, y conducidos más tarde á Guatemala.

Convocóse luégo una junta á la que asistieron los capitanes D. José Fernández de Estévez, D. Bernardino de Aynzoain y Ursúa, los alféreces D. José de Ripalda Ongay, D. Blas de Ongay, D. Ambrosio Flores y los ayudantes generales D. Juan Francisco Cortés y D. Cristobal de Mendía Solasagaston, únicos que allí se encontraban por entonces, y se acordó, entre otros

varios negocios importantes, que se fundara una ciudad y fortaleza en la orilla del Gran lago, que se poblase y cultivase tan hermoso país, y que se extendieran por él los beneficios de la civilización.—Con tal objeto partió á encontrarse con Ursúa el general de la caballería D. Melchor de Mencos y Medrano (hijo ilustre de Tafalla, conquistador de Chiapa, quien llevó á su casa de Guatemala tres reyes indios de las comarcas del Itza, que después de convertidos y bautizados devolvió á sus dominios), y con él otros capitanes y gente de armas. Reunidos los dos jefes y tomadas las disposiciones convenientes, dió Ursúa á la población que empezaba á edificarse el nombre de *Ciudad de los Remedios*, por la protección debida á María Santísima bajo esta advocación; nombró Cabo principal y Justicia Mayor del Itza y sus provincias á uno de sus capitanes; entregó la galeota á D. Bernardo Guerrero, y marchó á la provincia de Yucatán para gobernar desde allí las comarcas conquistadas.

Al terminar su estudio D. Juan Iturralde consigna esta observación oportuna: «En estos momentos mismos en que, merced al genio de Lesseps, se rompe el istmo de Panamá para unir los dos Océanos, los que verifican tan grandiosos trabajos encuentran las carcomidas osamentas de aquellos ignorados héroes que, con Pedro Elizalde y Ursúa, pelearon y murieron defendiendo el fuerte de Chagre contra los piratas de Forbán, y contemplan admirados los vestigios de la civilización que á costa de su vida importaron allí muchos de nuestros nobles paisanos.»—Con esta reflexión enlaza el docto escritor pamplo-nés el interesante trabajo del Dr. Elorza y Rada con el no menos útil, aunque ampuloso, de D. Juan de Goyeneche; y volviendo ahora nosotros al de este último, pondremos fin al presente capítulo con las mismas palabras que él consagra á la memoria de dos varones ilustres, por su sabiduría el uno, y por su santidad el otro, que son legítima gloria no ya del Baztán, sino de Navarra, y aun de España entera.

«No está la mayor excelencia en la multitud, sino en la cali-

dad de los sujetos, y en esta prerrogativa ha sido tan dichoso este Valle, que no es fácil aya otra Patria de tan breve distrito, que pueda formarle competencia, ni ser admitida á la comparación. El venerable Doctor Martín de Azpilcueta, por excelencia llamado el Navarro, en quien no es fácil discernir cuál fué más, su santidad ó su sabiduría: este maestro del Mundo, lustre de su Patria, honor de España, Exemplar de la virtud, Cumbre de la autoridad, y Oráculo de los Sumos Pontífices, refiere su origen y descendencia á este Valle, como lo dize él mismo en varias partes de sus obras; y principalmente en el tomo 2.º, fol. 492, respondiendo en una elocuente cuanto modesta apología, á las calumnias con que algunos, ó mal intencionados, ó ligeros, quisieron manchar su nombre, dize de sí estas palabras, que porque no se pueden mejorar pareció traducirlas: *Confesso con gozo mio que soy Nauarro, y que soy Cantabro, descendiente de aquella gente antigua, obseruantissima de la fidelidad, principalmente para con los Reyes, porque como testifica Platina en su vida de Juan Sexto, los Cantabros, y los Astures, como fueron los postreros de los Españoles que se agregaron á los Romanos, fueron tambien los últimos que los desampararon. Y no ay alguna Historia que yo aya visto que afirme, que alguno de los Nauarros (de que deben dar gracias á Dios) hasta el dia de hoy dexó la Fé, que por San Saturnino, discípulo de San Pedro, recibieron»..... «Confesso tambien y me precio de que soy descendiente de los sobredichos Palacios; conviene á saber, de Azpilcueta y Iaureguizár, que por otro nombre se dize Baztan (de los quales guian su origen los Bazanes Grandes de España) que están fundados en la aspereza del Monte Pirineo por la parte que diuide los Vascones Celtas de los Celtiberos; los quales, aunque no son muy opulentos, con todo esso fueron edificados mucho tiempo antes que Carlo-Magno, y hasta el dia de oy por la gracia de Dios nunca se han manchado con la sangre de ninguna secta dañada: De los quales el vno se auentaja al otro por solo este titulo, que es auer sido vno*